

Follari, Roberto: *Teorías débiles*, Rosario, Homo Sapiens, 2002. (2ª edición: 2003) 137 páginas.
Vanina A. Papalini

Teorías débiles: un título que se instala en el espacio de la polémica desde el inicio, porque, ¿es posible llamar así al deconstruccionismo, a los estudios culturales? No se trata sólo de dos teorías de envergadura, sino también de dos teorías “exitosas”, de moda en la academia, particularmente legitimadas por su aceptación en las universidades norteamericanas. Desde el título mismo del libro, el gesto de Follari aparece como un gesto provocador, aún cuando él mismo se encargue de señalar los méritos de las teorías y autores que analiza. Podría pensarse que las páginas de *Teorías débiles* están cargadas de un tono polémico; sin embargo, esto no ocurre: se trata de un trabajo analítico –si bien no exhaustivo– sobre algunos de los postulados de las teorías que verifica contradicciones e inconsistencias, señalando críticamente también algunos comentarios de los autores. El texto de Follari aparece entre las primeras voces que, desde las ciencias sociales argentinas, reclaman formas “fuertes” de las teorías, un pensamiento sobre la historia que no la dé por concluida y la comprensión de la realidad social como un juego no meramente textual (o “Cómo hacer palabras con las cosas”, como lo llama irónicamente E. Grüner).¹

La crítica a la evacuación del punto de vista histórico y político se hace particularmente fuerte en la consideración del deconstruccionismo con que abre el libro. Si esta teoría, que prometía aniquilar todo y removerlo hasta los cimientos, puede convivir con las formas institucionales académicas del mundo existente, sin cuestionarlo; es que no tiene el grado de criticidad que se autoasigna. Al perseguir este síntoma, Follari subraya la ausencia de una positividad, de un proyecto en el pensamiento derrideano, consecuente también con la inexistente referencia a lo histórico-social. De allí deviene la imposibilidad de articular con el campo político. En sus palabras: “... tenemos la impresión de que la obra de Derrida debe ser entendida exclusivamente en términos de *negatividad*, de corrosión de pretendidas certidumbres y fundamentos, y que desde ese punto de vista resulta alumbradora y contundente. Pero no advertimos cómo podría ser tomada como fuente de alguna positividad, y mucho menos en el concreto

¹Grüner, E., *El fin de las pequeñas historias*, Buenos Aires, Paidós, 2002.

plano de la política” (2002: 24). Contra esta ausencia de rasgos enraizados histórica y socialmente, Follari presenta los comentarios de Derrida que afirman la existencia de una “posición política” deconstruccionista, *que no es posible sostener*, según señala el autor, desde la teoría misma *porque no surge de ella*. En este sentido, también se pregunta qué es lo que hace que un pensamiento aparentemente tan crítico, pueda ser asumido sin mayores conflictos por la academia norteamericana. Señala: “A Derrida no le promueve preguntas respecto de qué pueda haber de problemático en la relación con la tradición académica estadounidense (para gran parte de la cual sus textos resultan simplemente incomprensibles) ni sobre cómo se relaciona su peso en la universidad con el poder global de ese país, ni tampoco que la deconstrucción haya alcanzado allí prestigio y poder propios. Él sigue asumiendo que su obra juega invariablemente un papel ‘progresista’ y de resistencia, sin referencia alguna a las específicas condiciones sociales de su inscripción.” (2002:47)

La crítica se continúa a propósito de los estudios culturales latinoamericanos, que reconoce antecedentes en los Estudios Culturales originados en Birmingham, cuyos actores fundamentales fueron R. Williams, R. Hoggart y E. P. Thompson.² Discípulo y miembro de este primer grupo, Stuart Hall incorporó a la perspectiva culturalista una tematización del poder foucaultiano, el enfoque antropológico de la cultura y una lectura que osciló entre la reivindicación y el rechazo, de Althusser. En América Latina, los estudios culturales ingresan a partir de la década del '80; los textos “fundacionales” de esta perspectiva son *Culturas Híbridas*,³ de Néstor García Canclini, y *De los medios a las mediaciones*, de Jesús Martín Barbero.⁴ Indica Follari al respecto que, si bien los estudios “de la cultura” están datados con anterioridad en estos autores, la marca fuerte de este enfoque empapado del pensamiento y la discusión de Birmingham se hace evidente recién allí. Follari no se ocupa de la vertiente inglesa original –el estudio de Carlos Reynoso,⁵ que apareció casi al mismo tiempo que *Teorías*

² Provenientes de un marxismo no ortodoxo, que encuentran en Gramsci una vía de acceder a la problemática de la cultura, este grupo inicialmente no académico provocó una fuerte transformación de la crítica literaria y dio un nuevo fundamento a los todavía muy recientes estudios de la comunicación.

³ García Canclini, N., *Culturas Híbridas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1992.

⁴ Martín Barbero, J., *De los medios a las mediaciones*, Barcelona, Gustavo Gili, 1987.

⁵ Reynoso, C., *Apogeo y decadencia de los Estudios Culturales*, Barcelona, Gedisa, 2000.

débiles, considera sus distintas versiones, incluida esta primera- sino sólo de los latinoamericanos.

La devastadora crítica que Follari practica sobre los textos de García Canclini posteriores a *Culturas Híbridas*, reconoce antes algunos méritos, como el concepto de “hibridez” para señalar la constitución “mestiza” de las culturas americanas. Aunque la pretendida “hibridez” no ha sido para otros un concepto feliz –puesto que *no hay cultura que no sea híbrida, no hay culturas “puras”*, según la crítica de Stuart Hall- se trata de reconocer en este intento un esfuerzo por desustancializar el concepto, en una pugna con los folcloristas y los nacionalismos de distinto cuño. Más amable con Jesús Martín Barbero –quien no cae en contradicciones tan profundas como hablar de una “epistemología del shopping” y confundir a ciudadanos con consumidores, como García Canclini- lo hace no obstante, responsable de una deformación populista del pensamiento de Benjamin y una descalificación demasiado rápida de la Teoría Crítica. Las lecturas sobre culturas populares que Martín Barbero habilita, invita a sus seguidores a encontrar resistencias, resemantizaciones, refuncionalizaciones y apropiaciones diferentes a aquellas propugnadas por los poderes hegemónicos en cualquier práctica popular. Así, los culturalistas latinoamericanos ven, por ejemplo, “negociaciones” en el clientelismo político, opacando la evidencia, no ya la asimetría del poder, sino la *brutal* asimetría del poder. Señala bien Follari que este problema deviene de una *autonomización* de lo cultural que resulta en análisis livianos e ingenuamente optimistas, de un *divorcio* con la esfera de lo económico y lo político. La autocomplacencia que se manifiesta así está en las antípodas de la crítica radical de sus orígenes.

Otro aspecto destacable del texto de Follari es la discusión con la cuestión de la interdisciplinariedad. Aquí, Follari es categórico, cuando dice que “la disciplinariedad no es un mal epistémico a exorcizar. La especificidad de las disciplinas no es una maldición que hubiera caído sobre el previo logro de un conocimiento unificado, sino el procedimiento analítico imprescindible para avanzar en el conocimiento científico.” En nombre de la interdisciplinariedad, aparece una cierta despreocupación por lo que se hace en términos de conocimiento: descuido metodológico, falta de rigor conceptual, “asociación aproblemática e inmediata entre multiculturalismo y transdisciplina”, y una tendencia que bien marca el autor a resumir en un único individuo la interdisciplinariedad, como si ella no fuera el resultado de un trabajo en equipo.

Teorías débiles: es la liviandad con la que se abordan problemas lo que les resta solidez. Y en este sentido, Follari aporta a la discusión elementos que no pueden dejar de ser tenidos en cuenta. A menos que, junto con Rosaldo y García Canclini, prefiramos, como los ilóngotes, “enfaticar la gracia social y los pasos que moldean la danza de la vida” (2002: 97). Una opción no desdeñable, a condición de renunciar a los privilegios y restricciones del pensamiento científico que se produce en las academias.